

# **La literatura testimonial de las guerras en Colombia: entre la memoria, la cultura, las violencias y la literatura**

---

**Jorge Eduardo Suárez Gómez<sup>1</sup>**

Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia<sup>2</sup>  
jesuarez01@gmail.com

Recibido: 26 de abril de 2011  
Aceptado: 23 de agosto de 2011

<sup>1</sup> Estudiante del doctorado en Estudios Políticos y Sociales, FCPYS-UNAM. Magister en Ciencias Sociales, FLACSO, México. Especialista en Estudios Internacionales, Universidad de Antioquia. Politólogo, Universidad Nacional de Colombia.

<sup>2</sup> Investigador del grupo Cultura, Política y Desarrollo Social de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas.

## La literatura testimonial de las guerras en Colombia: entre la memoria, la cultura, las violencias y la literatura

### Resumen

Colombia se puede caracterizar como una sociedad dominada por “la rutinización de la guerra y del olvido”. Las memorias de hechos violentos cuando logran articularse y salir del espacio íntimo, no se incorporan necesariamente a la memoria nacional por medio de “políticas de la memoria” en procesos transicionales. Estas memorias son “depositadas” antes que discutidas. La literatura testimonial constituye uno de esos “depósitos”. Hay momentos en los que ciertos temas, testigos, autores y tratamientos narrativos adquieren un apogeo inusitado. Estos auges obedecen a factores nacionales como la dinámica del conflicto y la sociedad colombiana, e internacionales como el “giro hacia el pasado”. Al hacer un recorrido por el desarrollo del género testimonial desde la *Violencia* de mediados de siglo xx hasta nuestros días, se logra evidenciar la gravitación de varias culturas del recuerdo en una sociedad donde aparentemente domina el olvido.

**Palabras clave:** violencia en Colombia, memoria, literatura, testimonios.

## War in Colombia testimonial literature: between memory, culture, violence and literature

### Abstract

Colombia may be characterized as a society ruled over by “a routinization of war and oblivion”. When memories about violent events succeed in articulate themselves and transcend the private space, they are not necessarily incorporated to national memory through “memory policies” in transitional processes. These memories are “deposited” rather than discussed. Testimonial literature is one of those “deposits”. There are times when certain topics, witnesses, authors and narrative treatments attain an unexpected relevance. Such a relevance follows national factors, like the dynamics of conflict and society in Colombia and abroad, such as a “turn to past”. When making a survey across the development of the testimonial genre from mid-20th century *Violence* up to our times, the gravitation of several cultures of memory is made evident in a society where oblivion appears to prevail.

**Keywords:** Violence in Colombia, memory, literature, testimonials.

## A literatura testemunhal das guerras na Colômbia: entre a memória, a cultura, as violências e a literatura

### Resumo

A sociedade colombiana pode ser caracterizada como dominada pela “banalização da guerra e do esquecimento”. As memórias de fatos violentos quando conseguem ser articuladas e sair do espaço íntimo, não se incorporam necessariamente à memória nacional por meio de “políticas da memória” em processos transicionais. Estas memórias são “depositadas” antes que discutidas. A literatura testemunhal constitui um desses “depósitos”. Há momentos em que certos temas, testemunhas, autores e tratamentos narrativos adquirem um apogeu inusitado. Estes auges obedecem a fatores nacionais como a dinâmica do conflito e a sociedade colombiana, e internacionais como o “giro rumo ao passado”. Ao fazer um percurso pelo desenvolvimento do gênero testemunhal desde a *Violência* da metade do século xx até nossos dias, consegue-se evidenciar a gravitação de várias culturas da lembrança em uma sociedade onde aparentemente domina o esquecimento.

**Palavras chave:** violência em Colômbia, memória, literatura, testemunhos.

*La memoria es un pharmakon,  
como dijo Platón de la escritura:  
medicina y veneno al mismo tiempo.*

C. Ginzburg.

### **El “giro hacia el pasado” y la cultura de la memoria**

El interés social por la conservación del pasado es muy visible contemporáneamente. La obsesión por el recuerdo parece ser uno de los signos distintivos de las sociedades occidentales —y de aquellas que están en proceso de occidentalización—. Cada día se establecen nuevos museos, archivos, monumentos, conmemoraciones y “lugares de memoria”. El auge de lo “retro” en la cultura global indica que el pasado es un concurrido depósito de sentidos para el presente.

Huyssen denomina a este proceso un «giro hacia el pasado». Para él, este auge pasatista es uno de los fenómenos culturales y políticos más sorprendentes de los últimos años (2002, p. 13). Se habla de un “giro” en la medida en que cada vez son más cuestionadas las actitudes típicamente modernas de culto al futuro y desdeño hacia el pasado.

Aróstegui interpreta “el giro” como una reacción social a la presencia de una cultura de lo efímero:

En nuestro mundo actual, con la profunda transformación de muchas de las formas sociales propias de la contemporaneidad, parece extenderse una sensación, y hasta una cultura de lo efímero, como consecuencia de la presencia permanente del cambio cada vez más acelerado. Es esa una realidad que engendra en aparente —pero solo en aparente— contradicción otra cultura que anhela lo perdurable (2004, p. 92).

Este auge pasatista se intensificó en Europa y Estados Unidos a comienzos de la década de 1980, llegando a convertirse en «una obsesión cultural de monumentales proporciones en el mundo entero» (Huyssen, 2002, p. 21). Uno de los principales rasgos del giro hacia el pasado, según Huyssen, es que el Holocausto Judío se convirtió en el «tropos universal del trauma histórico», lo que hace que la memoria de este «se aboque a situaciones específicamente locales, lejanas en términos históricos y diferentes en términos políticos respecto del acontecimiento original» (2002, p. 18). Desde esta perspectiva, estamos presenciando lo que Todorov llamó un «abuso de la memoria».

### **Articulación latinoamericana de la preocupación por el pasado.**

El giro pasatista surgido en Europa y Estados Unidos no es el único factor que fomenta la obsesión contemporánea por el recuerdo. América Latina fue epicentro y punto de recepción de otros auges memoriales en la segunda mitad del siglo xx, que a la postre han derivado en tradiciones vivas con algún grado de especificidad. Propongo hablar de un interés regional por el pasado influido por corrientes mundiales, aunque con modalidades y temporalidades propias.

Para evidenciar esta especificidad latinoamericana voy a dar dos ejemplos representativos. Por un lado, está el auge memorial que surge a raíz de la necesidad de “tramitar” el pasado violento después de dictaduras militares y guerras civiles en el Cono Sur y Centroamérica. Esta versión de la cultura de la memoria se presenta inicialmente en medio de procesos de “transición a la democracia”, adquiriendo “una inflexión más explícitamente política” que el “giro hacia el pasado” proveniente del centro de occidente (Huyssen, 2002, p. 20). La primera experiencia de este tipo se dio en Argentina y en ella es clara la “inflexión más explícitamente política” y el carácter nacional que adquiere el proceso. Los testimonios recolectados por la CONADEP y publicados en el Nunca Más<sup>3</sup>, sirvieron para «conformar una “memoria colectiva” [...] para escribir la historia de la pre-dictadura y la dictadura [...] y como base para los juicios iniciados contra los militares» (Allier, 2007).

Dutrenit y Varela hablan del caso argentino como una “transición inaugural” en la que se dieron «una serie de decisiones atinentes a los delitos de lesa humanidad con repercusiones de mediano o largo plazo en los otros países del Cono Sur. [...] hasta convertirse en uno de los referentes más trascendentes a nivel internacional sobre el tema —ya no el de los juicios de Núremberg y Tokio—» (2010, p. 370).

En este caso, la experiencia particular que se lleva a otros contextos locales no es «el tropos universal del trauma histórico», sino la transición latinoamericana a la democracia.

Como segundo ejemplo de la especificidad latinoamericana de la preocupación por el pasado puede citarse la forma que adquirió en la región el auge mundial de la historia oral en la segunda mitad del siglo xx. Siguiendo al historiador P. Joutard, Wachtel afirma que el objetivo de este tipo de historia es «salvar el mundo de la *gente común* —los dominados— del olvido, con la ayuda de testimonios orales: ya que la iniquidad persiste más allá de la muerte en la iniquidad de la conservación de los recuerdos» (1999, p. 72). En cuanto a los orígenes

<sup>3</sup> La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas -CONADEP- produjo el famoso informe “Nunca más”, que es, hasta nuestros días, un texto memorial emblemático de amplia recepción en Argentina y en el mundo.

de esta corriente, dice Joutard que «los historiadores estadounidenses fueron los primeros en rehabilitar el documento oral» en 1934-1935 (1988, p. 6). De EE.UU. la historia oral “emigra” hacia el resto del mundo generando asociaciones y programas académicos en Canadá, Australia, Israel, México, Argentina, Brasil y Perú (Joutard, 1988). Esta corriente arraigó en América Latina, en forma de una tendencia testimonial de contornos propios.

En muchos de los textos teóricos revisados sobre la literatura testimonial latinoamericana, esta es considerada “voz de los sin voz”, amplificador del “discurso de los excluidos” y narrativa de las luchas políticas de sectores subalternos. Esta caracterización permite ligar el surgimiento del género testimonial en la región, con el auge de la historia oral a nivel mundial.

La literatura testimonial en América Latina emerge con plena identidad como género en los años sesenta<sup>4</sup>. Cuba es el epicentro de esta corriente que se expande por todo el continente. Miguel Barnet es uno de sus más importantes cultivadores. Su libro *Biografía de un Cimarrón* (1966) fue pionero. Después de la publicación de este, Barnet hizo una serie de reflexiones teóricas que han sido bastante influyentes. Dice Beverley citado por Theodosiadis, que el género testimonial en América Latina comienza a generalizarse en los sesenta «cuando Miguel Barnet publica su *Biografía de un Cimarrón* en 1966 —primer gran éxito de la llamada novela testimonio—. (1996, p. 19).

De esta tradición regional que ha seguido desarrollándose hasta hoy, también puede decirse que tiene una “inflexión más explícitamente política” y una especificidad regional.

La “inflexión” se vislumbra en el objetivo de este tipo de testimonios: sacar a la luz «la expresión de un sentimiento popular que ha sido acallado, cubierto por las informaciones oficiales» (Theodosiadis, 1996, p. 18). La politicidad del testimonio, en este sentido, radica en que se instala en los antagonismos sociales tomando partido por uno de los actores en pugna.

La especificidad tiene que ver con la identidad regional en las orientaciones temáticas, en los tipos de sujetos sociales cuyas historias son seleccionadas para ser narradas, en los tratamientos narrativos utilizados; todo aglutinado en torno a un objetivo: ser la memoria y la amplificación escrita del proceso por medio del cual ciertos grupos subalternos «emergen en movimientos de liberación y recomponen, desde una postura privada (la del testigo), una posición de “conjunto” o de clase estructurada en torno a intereses ideológicos o situaciones coyunturales de reivindicación de sus derechos» (García, 2003, p.

<sup>4</sup> No es que antes no existiera, sino que es partir de este momento que se convierte en una corriente que reivindica su diferencia.

24). Los/as autores, compiladores, entrevistadores y testigos/as que publican este tipo de textos en la región, han tenido casi siempre una relación más o menos orgánica con movimientos o partidos de izquierda.

Este carácter regional no niega, sin embargo, una especificidad nacional. Con la expresión “carácter nacional” me refiero a que esta literatura en tanto fenómeno narrativo y memorial, aunque está relacionada con procesos mundiales y regionales, también está sometida a las cadencias propias de la construcción de lo nacional —entendido como campo de lucha nunca cerrado—. Los contornos singulares de procesos nacionales como la Revolución Cubana, los golpes militares en Chile y Argentina y la Revolución Sandinista —para poner unos pocos ejemplos— dejaron huella en la literatura testimonial de cada una de esas sociedades.

El caso colombiano es un buen ejemplo de ello. La cronicidad de las guerras en Colombia genera una abundancia de memorias asociadas a hechos extremos<sup>5</sup>. Lo prolongado en el tiempo y la crueldad extrema de las confrontaciones armadas le dan unos contornos cualitativos específicos a esas memorias tanto en términos de su producción como de su recepción. Las particularidades de la cultura nacional dejan su huella en la literatura testimonial.

### **La literatura testimonial de las guerras en Colombia: memoria y género discursivo**

#### ***Las guerras en Colombia: testimonios, memoria y olvido.***

Afirma Gonzalo Sánchez<sup>6</sup> que, en Colombia, «se ha planteado como necesidad el olvido recurrente para las memorias subordinadas, para las acciones de los rebeldes derrotados militarmente y políticamente, en contraposición a los países de experiencias dictatoriales y terrorismo de Estado, en donde se ha planteado [...] la imposibilidad de olvido e impunidad para las atrocidades del poder» (2006, p. 82).

Esta imposición del olvido hace que las formas de terminación de las guerras dejen sin resolución el contencioso de la memoria. Así, entonces, «la construcción institucional no es percibida como transformación de un pasado conflictivo; sino al igual que la guerra, como repetición de un horizonte previsible, suprimiendo las contingencias propias del presente y del futuro» (Sánchez, 2006, p. 88).

<sup>5</sup> La mayoría de ellas no sale del espacio privado y las que logran hacerlo pueden llegar a tomar —entre otras opciones— la forma de testimonios escritos. En términos generales entiendo por testimonio: «un discurso que pretende dar prueba de un hecho social previo a través de la voz de lo(s) testigo(s) de los acontecimientos» (García, 2003, p. 38).

<sup>6</sup> Gonzalo Sánchez es un académico con una trayectoria importante en cuanto al estudio del pasado violento en Colombia. En este momento es coordinador del Grupo de Memoria Histórica -GMH-, de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación -CNRR-, que surge en el 2005 en el marco de la Ley 975.

Una presencia constante de diversos tipos de guerras y su terminación por medio de la amnistía y el indulto produce una cronicidad o rutinización del olvido que deja sin sanar las heridas y, más bien, vuelve a activar las confrontaciones: «Utilizada más allá de los grandes momentos de transición política o social, la rutinización del olvido alimentaba a la rutinización de la guerra. Raramente las amnistías lograron el propósito de desarmar duramente los espíritus» (Sánchez, 2006, p. 99).

El olvido no sólo recae sobre los actos de los “vencidos”. La amnistía termina siendo una reafirmación del poder que la decreta, de la impunidad sobre los delitos que pudiera haber cometido y de la imposición de su memoria como memoria social. Aunque el olvido y el perdón no son «sobre el poder, sino sobre los rebeldes. Lo que lo malogra es que ese olvido no tiene costos para el poder, pues queda exento de ese otro ejercicio de memoria que es el reconocimiento, entendido como aceptación del sentido de sus demandas [de los rebeldes], así sean controvertibles, o no realizables con los procedimientos invocados» (Sánchez, 2006, p. 90).

El ciclo guerra-amnistía-olvido que domina la historia política colombiana, excluye los mecanismos de la justicia transicional —verdad, justicia y reparación— no dejando espacio para que las memorias colectivas de las víctimas —cuando logran articularse— salgan del espacio íntimo, se discutan en el espacio público y se incorporen a la memoria nacional por medio de “políticas de la memoria”<sup>7</sup>.

En un escenario en el que no parece posible hacer que las *memorias* sean procesadas por las políticas de la memoria, ¿dónde se pueden rastrear las identidades colectivas de víctimas y actores de las guerras anteriores y actuales?

Pueden existir múltiples “depósitos de memoria”, siendo los testimonios y la literatura testimonial uno de ellos. Puede hablarse de los testimonios como un “depósito de memoria” en la medida en que son lugares —materiales, simbólicos y funcionales— donde un colectivo «consigna voluntariamente sus recuerdos: son los lugares donde se cristaliza y refugia la memoria; [...] [Estos se diferencian de Los lugares de la memoria que] son aquellos que, con el tiempo, han devenido en espacios privilegiados para analizar y comprender la memoria pública de una nación» (Allier, 2008, p. 196) y que se corresponderían con el tipo de memorias producidas por las *políticas de la memoria*.

Desde esta perspectiva, las características de las guerras en Colombia y su relación con la memoria, el olvido y el testimonio se convierten en un factor extra discursivo que le da cierta especificidad nacional a la literatura testimonial.

<sup>7</sup> Hay un tipo de memorias que sí logran discutirse en el espacio público en Colombia. Corresponden a un pequeño sector frente a todo el espectro de víctimas.

### ***La literatura testimonial como género discursivo.***

Más atrás se decía que “la especificidad” del testimonio latinoamericano consistía en una identidad regional en las orientaciones temáticas, en los tipos de sujetos sociales cuyas historias eran seleccionadas para ser narradas y en los tratamientos narrativos utilizados. Una articulación particular y estable de estos elementos constituye una tradición o un género.

Para el lingüista ruso Mijaíl Bajtín —quién propuso el concepto de género discursivo—, el estudio de cualquier texto «no puede realizarse satisfactoriamente sin antes haber elucidado las claves genéricas del mismo y, consiguientemente, la tradición en que aquel se inserta» (Jiménez, 1998, p. 86). La ubicación del género se realizaría a partir del análisis de las características de los enunciados: «Cada enunciado separado es, por supuesto individual, pero cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados, a los que denominamos géneros discursivos» (Bajtín, 1999, p. 4). La “estabilidad” de los enunciados está dada por una particular articulación de contenidos temáticos, estilo y composición.

No es el objetivo de este trabajo hacer un estudio de los enunciados de las obras testimoniales que narran memorias de las guerras en Colombia. En otro trabajo he realizado esta labor (Suárez, 2010) y encontré la identidad entre tema, estilo y composición de la que habla Bajtín. Es necesario, sin embargo, evidenciar la perspectiva teórica de la que parto para poder proponer, entonces, entender la literatura testimonial sobre las guerras en Colombia como un género discursivo. Por esta vía se vislumbra cómo el establecimiento de una tradición no es arbitraria, sino que parte de un diagnóstico académico.

La dilucidación de las características propias del género ha producido muchos debates. En Colombia y en América Latina los/as teóricos/as se refieren a las obras testimoniales con diversos conceptos: “novela política”, “novela testimonio”, “novela documental”, “narración testimonial”, “narrativa de no ficción”, “literatura de resistencia”, “historia oral”, “memoria autobiográfica”, “discurso testimonial”, “memoria histórica” o simplemente “testimonio” —entre otros—.

Sin obviar las diferencias entre las tradiciones teóricas, literarias y políticas en las que se enmarcan cada uno de los anteriores conceptos, creo que no son términos excluyentes. Considero que todos pueden remitirse al de literatura testimonial, dado que los enunciados de la obras así clasificadas comparten características que permiten distinguirlas de géneros como el ficcional. Algunas de las citadas denominaciones, propongo entenderlas como subgéneros al interior de la literatura testimonial, en la medida en que cada una de ellas da

cuenta de un énfasis diferenciado en la práctica testimonial. Como ejemplo se pueden citar las obras donde los autores se toman ciertas licencias literarias, sin abandonar la experiencia del protagonista. Obras como estas hacen parte del género literatura testimonial y del subgénero novela testimonio.

Hechas estas precisiones teóricas, me enfocaré en analizar el desarrollo de la literatura testimonial sobre las guerras en Colombia como un género cuyo devenir está sometido a la influencia de varias culturas de la memoria y a las propias dinámicas de las guerras nacionales —con los sedimentos que estas dejan en la cultura nacional—. La confluencia de estos elementos hace que M. Deas hable de la literatura testimonial en Colombia como “el género local por antonomasia”.

### ***La dinámica del género en Colombia.***

La presencia de las guerras y su rutinización —junto con la del olvido— pareciera ser una constante histórica en la vida independiente colombiana. La persistencia de eventos bélicos ha devenido en una especie de característica nacional, al punto que pueden vislumbrarse como «un eje de pervivencia histórica y un hilo imaginario que atraviesa a la nación colombiana a lo largo de toda su historia» (Uribe & López, 2006, p. 41). Existen múltiples denominaciones para este fenómeno: «cronicidad de la guerra» (Pecaut, 2003), «endemia colombiana» (Castro Caycedo, 1986), «omnipresencia de la guerra» (Uribe & López, 2006), «gravitación de la violencia en la cultura política» (Palacios, 1995, p. 336), entre otras. Independientemente de las diferencias entre estos conceptos, citarlos permite —desde diversas orillas—, afirmar la existencia de este “rasgo nacional” cuya explicación sobrepasa los intereses de este texto<sup>8</sup>.

Tomando este “rasgo nacional” como presupuesto pretendo hacer un balance a partir de varios autores, de las características y el desarrollo del género discursivo que da voz a los protagonistas de nuestra “endemia”. Parto desde la guerra civil de mediados de siglo xx conocida como *la Violencia*, y llego hasta nuestros días.

Entre los autores que estudian el tema en Colombia —centrados más en la Ciencia e historia políticas— no hay un consenso frente a cuál es el concepto adecuado para dar cuenta de este fenómeno literario y memorial.

<sup>8</sup>Hablar de cronicidad de la guerra en Colombia no quiere decir que los 200 años de vida independiente hayan sido dominados por un solo tipo de violencia y una sola guerra. Tampoco implica que las acciones bélicas no tengan interrupciones. Distinguir etapas, fronteras y transformaciones es indispensable para analizar el caso colombiano. Hablar de “omnipresencia” implica aceptar que «la guerra y la violencia han sido determinantes en la configuración política, social y cultural del país y, por tanto, que los referentes de identidad colectiva se han tejido en torno al eje de la guerra» (Uribe & López, 2006, p. 30). Para darle los matices necesarios al concepto de “omnipresencia de la guerra”, estas dos autoras proponen —siguiendo a Foucault— hablar de un “estado de guerra” continuo que desemboca en confrontaciones armadas cuyas configuraciones se tornan estables durante ciertos periodos.

En lo que sí parecieran estar de acuerdo es en que hay un cuerpo de obras que dadas sus características discursivas y extra discursivas, constituyen un género con identidad propia y bastante desarrollado.

En un ensayo de 1999, el reconocido historiador británico Malcolm Deas destaca la selectividad, sofisticación y abundancia de la literatura testimonial —que él denomina de manera imprecisa historia oral—:

[...] recientemente en Colombia ha sido escrita mucha historia local y oral, muy útil, y casi toda explora los orígenes de la violencia y su desarrollo durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta. [...] la historia oral en Colombia es sofisticada en más de un manera. Se ha convertido en algo así como el género local por antonomasia, pero sus practicantes son muy selectivos en las preguntas que formulan y a quienes se las dirigen. Suelen inclinarse por interrogar antes a liberales, comunistas y guerrilleros que a conservadores, miembros de las fuerzas armadas o funcionarios del gobierno (1999, p. 81).

La abundancia de este género en Colombia es resaltada por Vélez Rendón cuando señala la diversidad de autores de las obras que él denomina memorias autobiográficas:

[...] las escriben personas que han estado relacionadas con los hechos a los que se refieren [...]. Unas veces son periodistas o novelistas involucrados en algún proceso de paz que los ponen [...] como los protagonistas directos o indirectos de la guerra [...]. Otras veces son académicos o periodistas que tienen acceso a testimonios de víctimas o de victimarios, los cuales reproducen adaptados a intereses concretos [...]. Aunque hay ocasiones en las que los mismos protagonistas, víctimas o victimarios, apelan al medio escrito para presentar su versión de los hechos (2002, p. 12).

Independientemente de los términos utilizados por Deas y Vélez Rendón para dar cuenta del fenómeno testimonial —historia oral y memorias autobiográficas, respectivamente—, los dos destacan la existencia de un género abundante y diverso en cuanto autores, temporalidades, técnicas y temáticas.

## Las clasificaciones

Sonia Vivas afirma que las narrativas —en general— sobre las guerras del siglo xx en Colombia pueden dividirse en tres grandes grupos:

1. Narrativo experiencial, en donde encontramos relatos escritos por los protagonistas de los hechos [...].
2. Partidista, en la que liberales y conservadores defienden sus posturas y se responsabilizan mutuamente de la confrontación presentada particularmente en la segunda mitad del siglo XX (periodo conocido como el de “*la Violencia*”) [...].
3. Científico-social que, valiéndose de la interdisciplinariedad,

ofrece un análisis diverso y complejiza el fenómeno al trabajar la violencia más allá del marco político como única fuente de explicación (Vivas, 2007, p. 272).

Otros autores reducen los criterios de agrupación de las narrativas sobre las guerras en Colombia a dos:

[...] aquella que viene del ámbito de la sociología, la historia, la politología y recientemente de la economía, centradas, casi todas, en las explicaciones macro del conflicto; frente a aquella de aspiración ideográfica, muchas veces de corte testimonial, que suele conversar poco con las premisas teóricas e interpretaciones a veces deductivas de la producción gruesa (Castellanos & Torres, 2008, p. 525).

Dentro de estas dos clasificaciones, la literatura testimonial hace parte del grupo “narrativo experiencial y partidista”, en la primera, y de la tendencia “ideográfica, de corto plazo, coyuntural y centrada en los sujetos”, en la segunda.

Estas tipologías permiten evidenciar la consistencia del género en el amplio marco de las narrativas sobre las guerras.

Carlos Miguel Ortiz en su *Historiografía de la violencia* establece una interesante clasificación de los diversos discursos que pretenden “representar” la violencia en Colombia. Aunque el autor parte de la historia como disciplina e intenta vislumbrar cómo esta ha narrado la violencia en el país, termina haciendo un balance mucho más amplio. Su objeto de estudio desborda los marcos disciplinares.

Ortiz divide su análisis en dos periodos: uno que va desde los cuarenta hasta los sesenta y otro que va desde los sesenta hasta los noventa. A partir de su recorrido y clasificación se puede indirectamente, delinear los contornos de la literatura testimonial en Colombia en la segunda mitad de siglo xx.

### ***Las narrativas de la Violencia hasta los sesenta: “La bibliografía partidista”.***

Antes de los sesenta y muy vinculado con el periodo de *la Violencia*<sup>9</sup> surge lo que Ortiz denomina “bibliografía partidista”, dentro de la que ubica seis tendencias: en primer lugar estarían «Las obras específicamente partidistas, escritas por los dirigentes políticos en su condición de tales [...] en momentos cruciales de enfrentamiento» (1994, p. 383).

<sup>9</sup> De acuerdo con Daniel Pecaut «Colombia conoció durante el siglo xx una verdadera guerra civil, conocida con el nombre de La Violencia» (2003, p. 116). Marco Palacios afirma que cuando se habla de *la Violencia* (en adelante con mayúscula y en itálica), se «alude a unos 20 años de crimen e impunidad facilitados por el sectarismo (1945-1965), que dislocó la vida de decenas de miles de familias y comunidades» (1995, p. 193). Los bandos que avivaron el sectarismo y la guerra civil son los partidos históricos: el conservador y el liberal, pero la confrontación trascendió las oposiciones partidistas.

En segundo lugar, Ortiz habla de «Las publicaciones de denuncia, algunas de corte panfletario» (1994, p. 384). Los otros cuatro tipos de bibliografía partidista serían:

- i) Los escritos que apuntan al esclarecimiento —en términos de responsabilidades de autorías “materiales” e “intelectuales”— de una fecha o un acontecimiento [...] La mayoría de ellos se centran en el 9 de abril [...].
- ii) Los libros de periodistas, algunos precisamente sobre fechas determinadas [...].
- iii) Los libros de crónica testimonial sobre los combates [...].
- iv) Los trabajos de confección o intención literaria (1994, pp. 385 y 387).

Los seis tipos de obras pueden incluirse en lo que aquí se denomina literatura testimonial. Ortiz señala la “selectividad” en la recepción de la literatura testimonial de este periodo: la bibliografía «de las fuerzas regulares adscritas a las instituciones del Estado, es mucho más desconocida por los medios académicos y por el público lector en general» (1994, p. 386). La selectividad —pero en la producción—, también fue señalada por Deas para la literatura testimonial escrita en los ochenta y noventa, debido a que privilegiaba como protagonistas a liberales, comunistas y guerrilleros antes que a conservadores, miembros de las fuerzas armadas o funcionarios del gobierno (1999, p. 81). Esto no quiere decir que no existan en los dos periodos, testimonios sobre (o escritos por) los integrantes de las fuerzas de seguridad del Estado y funcionarios oficiales. Las características de la selectividad de la literatura testimonial —preferencia por los marginales y vencidos— en los dos periodos, permite reforzar la idea del parentesco que tiene con la historia oral.

Los seis tipos de “bibliografía partidista”, que según Ortiz existieron hasta los sesenta, tienen una característica común, «intentan descubrir el responsable individual o colectivo, en el sentido de sujeto consciente productor de los actos «que son violentos y partidistas a la vez» (1994, p. 388). Esto quiere decir que los autores están más influenciados por el esquema de la culpa y menos por la idea del testimonio como explicación, información y reconciliación. En términos de Todorov, puede decirse que en la bibliografía partidista se hace un uso del pasado más “literal” que “ejemplar”. El primero se da cuando un suceso es preservado intransitivo y no conduce «más allá de sí mismo». El segundo uso se presenta cuando «sin negar la propia singularidad del suceso, decido utilizarlo, una vez recuperado, como una manifestación entre otras de una categoría más general, y me sirvo de él como de un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes» (Todorov, 2000, p. 31).

### ***Narrativas académicas y testimoniales en la década de los sesenta y setenta.***

Las condiciones sociopolíticas en Colombia cambian radicalmente en los años sesenta. El Frente Nacional<sup>10</sup> pone freno a las hostilidades partidistas y la guerra se instala en el antagonismo entre izquierda-derecha, en el contexto de la guerra fría. Derivados de los “hilos sueltos” de *la Violencia* y con influencias de la Revolución Cubana, surgen dos grupos guerrilleros de cuño marxista que aún hoy existen<sup>11</sup>. Los dos partidos tradicionales se reparten legalmente todos los dividendos de la burocracia estatal y monopolizan los canales de participación política.

En los años sesenta se consolidan las Ciencias Sociales que van a dar cuenta del “estado de guerra” con nuevos métodos. Con la publicación en 1962 del emblemático libro *La Violencia en Colombia, estudio de un proceso social*<sup>12</sup>, se inicia la época de la producción académica con pretensiones científicas sobre la “endemia colombiana”. El discurso sociológico comienza a influenciar la literatura testimonial, “contaminándola” con su lenguaje, técnicas, temáticas y protagonistas.

En estas dos décadas no desaparece la “bibliografía partidista”, sino que se desliza el sujeto de inculpación: «en los enfoques conservadores, del liberalismo al comunismo [...]. En el polo opuesto, los comunistas y liberales [...] se van radicalizando en la inculpación contra el nuevo sistema bipartidista, al que bautizan como “la derecha” (Ortiz, 1994, p. 389). La literatura testimonial de las décadas del sesenta y setenta, aunque es influenciada por las Ciencias Sociales y sus pretensiones explicativas, sigue presa del esquema de la culpa<sup>13</sup>.

### ***Las narrativas del conflicto entre finales de los ochenta y mediados de los noventa.***

En los años ochenta se presentan nuevas configuraciones de la literatura testimonial asociadas a cambios profundos en el entorno sociopolítico. Surgen nuevas “violencias” como el narcotráfico y el paramilitarismo. Además se intensifican las acciones de las guerrillas, al tiempo que inicia el largo periplo de negociación insurgencia-Estado, que termina con la desmovilización de grupos como el M-19, el EPL y Quintín Lame.

<sup>10</sup> El Frente Nacional es un acuerdo firmado en 1957 por los grandes dirigentes políticos del país, y que «finalizó oficialmente la guerra entre conservadores y liberales al visualizar una convivencia que alternara en el poder uno y otro partido cada 4 años. De esta manera se pretendió “neutralizar” una tercera fuerza política que empezaba a cobrar presencia por esa época en Colombia, como en otros países de América Latina: el Socialismo. Como es sabido sólo nominalmente terminó el conflicto, de su seno surgirían las guerrillas» (Figueroa, 2004, p. 101).

<sup>11</sup> Me refiero al ELN y las FARC, que surgen en 1964 y 1966 respectivamente.

<sup>12</sup> Este texto es el informe de la Comisión Nacional Investigadora de las causas y situaciones presentes de la violencia en el territorio nacional, nombrada en 1958 por el Gobierno nacional con el fin de estudiar el periodo de la *Violencia*, que, como sabemos hoy, no había acabado para ese año.

<sup>13</sup> Sin embargo, hay excepciones. En los setenta ya había comenzado a conocerse la obra de uno de los exponentes más notables del género: Arturo Alape.

En términos de los discursos sobre el conflicto, el punto de inflexión en este periodo es el informe de la Comisión de Estudios sobre la Violencia nombrada por el Gobierno en 1987. Esta fue integrada por personajes notables e intelectuales, con el propósito de desentrañar las particularidades del pasado violento en momentos de aparente transición. En su informe proponen una metodología multidimensional para entender la guerra que existe en Colombia en ese momento. Publican el libro *Colombia, violencia y democracia*, que rompe muchos de los acartonamientos que habían sufrido los estudios científicos sobre la violencia. Dejan de lado el sobredimensionamiento de la violencia política, apelan al polimorfismo, la multicausalidad y multidireccionalidad de “las violencias”. Insertan el debate del papel de la cultura en las guerras y dan cuenta de ese nuevo actor que emerge con fuerza y que va a trastocar el antagonismo entre izquierda y derecha: el narcotráfico junto con el paramilitarismo<sup>14</sup>.

Cito los informes de las comisiones (1962 y 1987), en tanto marcadores de los puntos de inflexión de determinadas configuraciones de las guerras en Colombia y de las narrativas que quieren representarla. *La Violencia en Colombia* y *Colombia, violencia y democracia* surgen en momentos “transicionales” que no logran superar los enfrentamientos, reproduciendo más bien el ciclo de rutinización de la guerra y el olvido que caracteriza el siglo xx colombiano. Estos procesos dejaron sin solución “el contencioso de la memoria”, porque no pudieron evitar el deslizamiento del antagonismo a nuevos actores y problemáticas. Tampoco pudieron avanzar en procesos de justicia verdad y reparación. Ni siquiera las amnistías fueron exitosas como perdón y olvido, porque la represión a los amnistiados casi siempre fue radical.

Ortiz hace una subdivisión temática de las narrativas de las guerras producidas entre 1987 y mediados de los noventa: 1. Las obras académicas que tratan sobre *la Violencia* liberal-conservadora. 2. Los libros también académicos «que aún trabajan la violencia política y sus actores convencionales ejército y guerrillas, pero de los años 60 a nuestros días, es decir, en la etapa de las guerrillas» (1994, p. 411).

En tercer lugar, habla de algunos textos y autores de literatura testimonial:

[...] y en un género muy diferente, entre el periodismo y la literatura, colindando con la historiografía, los dos libros biográficos del Arturo Alape sobre el jefe de las FARC “Tirofijo”, los de Pedro Claver Téllez sobre el célebre “bandolero” conservador Efraín González, el del general (r) Álvaro Valencia Tovar, *Testimonio de una época*, y el de Alfredo Molano, *Aguas arriba* (Ortiz, 1994, p. 412).

<sup>14</sup> Es la época del surgimiento del paramilitarismo en el centro del país, en una extraña simbiosis entre narcotraficantes, políticos regionales, ganaderos y militares.

Otros textos testimoniales los clasifica aparte debido a que narran «otras historias de violencia, diferentes a la violencia política de viejo o nuevo cuño, [...] podrían citarse aquí el libro de Alonso Salazar y Ana María Jaramillo sobre el sicariato (*Las subculturas del narcotráfico*) (Ortiz, 1994, p. 412).

Es interesante cómo crece la publicación de libros sobre fenómenos violentos asociados al narcotráfico, que comienzan a ser de sumo interés tanto para las editoriales como para los lectores. Pueden citarse libros como *El pelaito que no duró nada* (1991) de Víctor Gaviria; *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles de Medellín* (1990) y *La parábola de Pablo* (2001) de Alonso Salazar; *El patrón: vida y muerte de Pablo Escobar* (1994) de Luis Cañón, *Mi hermano Pablo* (2000) de Roberto Escobar, entre otros.

En quinto lugar, Ortiz habla de los discursos de tipo filosófico, económico y politológico.

De esta clasificación, los textos que pueden incluirse en la literatura testimonial son los que, según el historiador, están «entre el periodismo y la literatura, colindando con la historiografía», y los que «abordan otras historias de violencia, diferentes a la violencia política».

Si la literatura testimonial partidista —donde los protagonistas de los hechos escribían para repartir culpas— no tuvo mucha relevancia en este período, sí la tuvieron estos dos tipos de obras testimoniales. Conociendo los libros a los que se refiere Ortiz, podría decirse que los del primer grupo —«entre el periodismo y la literatura»— encaja en el subgénero novela testimonio. Los del segundo grupo —«otras historias de violencia»—, pueden clasificarse en el que se denomina testimonio directo.

Es interesante cómo unos textos se mantienen en la línea de los testimonios sobre la violencia política y otros abordan las “nuevas violencias”. Molano, Alape y Téllez son ya clásicos en el primer grupo, y Alonso Salazar en el segundo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que autores como Molano y Salazar transitan de un tema a otro con fluidez, en alguna medida porque las problemáticas se mezclan frenéticamente en la realidad.

Los dos tipos de textos testimoniales a los que hace referencia Ortiz para este período, se caracterizan porque los actores y víctimas de las violencias no son los que escriben directamente sus memorias, sino que son mediadores letrados —periodistas, académicos, literatos— los que cumplen esta función con distintos niveles de intervención.

El auge de estos dos tipos de literatura testimonial —entre el periodismo y la literatura y otras historias— se produce en el momento en que la guerra en Colombia comienza a crecer en complejidad. *Colombia,*

*violencia y democracia* (1987), reconoce que no hay solo violencia política, sino “violencias” que se comienzan a superponer: violencia del crimen organizado contra personas privadas, violencia de las guerrillas dirigida contra el Estado, violencia de los grupos alzados en armas contra particulares, violencia de organismos del Estado en ejercicio de la guarda del orden público cuando sobrepasan los marcos legales, violencia de particulares no organizados.

La aparición de nuevos actores como el narcotráfico, los paramilitares, la delincuencia organizada y su mezcla con los actores de la tradicional oposición guerrilla-Estado, producen un conflicto multicausal y unas narrativas plurales. Esta diversidad es captada por Figueroa para este periodo: «En este contexto de múltiples guerras, asonadas, secuestros, asesinatos, boleteos, asaltos, entre otros, se producen nuevas gramáticas sociales y textuales» (2004, p. 103).

Aunque hay un aire de familia entre algunos autores colombianos de este período y otros de la tradición latinoamericana iniciada por Barnett, existen diferencias. Debido a las dimensiones y complejidades del conflicto armado y la violencia a finales de siglo xx, los sectores populares no monopolizan la condición de protagonista de las violencias. Sectores medios y altos hacen también presencia en la narrativa testimonial asociada a las guerras. Esta particularidad nacional del género para este período, es destacada por Lucía Ortiz:

Estos discursos no necesariamente contienen una agenda política explícita como sí ha ocurrido en la mayoría de los textos testimoniales centroamericanos. En Colombia estos testimonios aparecen como «modos de representatividad» que han sido desarrollados por escritores, periodistas y sociólogos en conjunto con personas no necesariamente «iletradas», sino con individuos de todas las esferas sociales (1997b, p. 7).

Es particular cómo a partir de la irrupción del narcotráfico y el paramilitarismo en tanto actores importantes en la vida política del país a finales de los años ochenta, el secuestro deja de ser un delito cometido exclusivamente por la guerrilla, para pasar a ser una herramienta de presión política y de consecución de recursos por parte de todos los actores armados. Es ampliamente recordado el plagio de 10 personalidades en Bogotá el 30 de agosto de 1990 por orden del “capo de capos”, Pablo Escobar Gaviria. Su intención era presionar al gobierno para que no aprobara la extradición de colombianos a Estados Unidos. Es célebre este hecho porque marca el momento en que se generaliza el secuestro como estrategia de lucha de todos los actores ilegales y porque es inmortalizado por Gabriel García Márquez en *Noticia de un secuestro* (1996).

Es visible en este período cómo los hechos traumáticos acaecidos en el marco de las “violencias”, cuando eran narrados, casi siempre requerían la mediación de un periodista, un escritor o un intelectual. Esto es bien ilustrado por García Márquez en el prólogo de *Noticia de un secuestro* cuando cuenta por qué escribe el libro: «Maruja Pachón y su esposo, Alberto Villamizar, me propusieron en octubre de 1993 que escribiera un libro con las experiencias de ella durante su secuestro de seis meses, y las arduas diligencias en que él se empeñó hasta que logró liberarla» (p. 2). En este período parece ser generalizada —con excepciones— la disociación entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación.

El texto de García Márquez es emblemático. De acuerdo con el tema, *Noticia de un secuestro* pertenece a los que, según Ortiz, tratan las nuevas violencias. En cuanto al subgénero discursivo podría decirse que es una novela-testimonio, el cual es abundante dentro de la literatura testimonial colombiana en este período. Figueroa llama a este tipo de textos “ficciones documentales”: «Este tipo de textos “novelizan” experiencias de afectados por la fuerza arrasadora de las múltiples violencias que se viven» (2004, p. 105).

Como ejemplo de novelas-testimonio, Figueroa incluye tres textos con un altísimo registro de ventas: *Noches de humo* (1989) de Olga Behar; *La bruja: coca, política y demonio* (1994) de Germán Castro Caycedo, y *Noticia de un secuestro* (1996). También incluye en este subgénero tres novelas relacionadas con el tema del narcotráfico: *La Virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo; *Cartas cruzadas* (1995) de Darío Jaramillo, y *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco Ramos.

La diversidad de “violencias” en este período no solo es narrada por medio de novelas testimonio. Otro subgénero que de acuerdo con Lucía Ortiz se desarrolla bastante es el testimonio directo: «a raíz de la continua crisis política y social en Colombia, en los años ochenta y noventa se produce un auge del testimonio directo» (1997b, p. 2). La autora incluye en este grupo el libro del periodista Germán Castro Caycedo, *La bruja: coca, política y demonio* (1994), y de Víctor Gaviria *El pelaito que no duró nada* (1991). De Alonso Salazar *No nacimos pa' semilla* (1990) y *Mujeres de fuego* (1993). De Alfredo Molano cita *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras* (1989) y *Trochas y fusiles* (1994). Habla también de *Rostros del secuestro* (1994) de Sandra Afanador.

Para este período la literatura testimonial deviene diversa en cuanto temas, técnicas, autores, temporalidades. Hay que señalar que los textos citados aunque importantes, solo son una pequeña muestra frente a la abundancia del género en ese momento.

### ***La literatura testimonial del conflicto en el siglo XXI.***

Con el cambio de milenio siguen siendo importantes la novela testimonio y el testimonio directo, así como algunos temas ya “clásicos” —el narcotráfico y el secuestro—, aunque con nuevos tratamientos narrativos y formas de recepción por la sociedad. Estos cambios están acordes con las transformaciones ocurridas en el contexto internacional y en los contornos de las “violencias” nacionales. En el mundo editorial globalizado del siglo XXI, los libros testimoniales se conocen como “*instant books*” o “libros de ocasión”, aludiendo a su cercanía temporal con los hechos narrados.

En este período el tema de las guerrillas es cada vez menos relatado en la forma en que se hacía en el periodo anterior. Decaen las pretensiones explicativas y genealógicas sobre la insurgencia, dando paso a testimonios centrados en un presente donde la guerrilla es fundamentalmente victimaria. Esto lógicamente es paralelo a nuevas configuraciones de los actores del Conflicto y de los imaginarios en torno a ellos.

Puede decirse que aunque se mantiene el carácter selectivo tanto de escritores, editoriales y público, los protagonistas cambian.

Hay temas nuevos que se posicionan en el mercado editorial como los testimonios de mujeres inmersas en el mundo de la prostitución de alto nivel. Pero sin lugar a dudas el tema con más circulación es el de los ex secuestrados por las FARC. En un trabajo periodístico del 2010 donde se entrevista a personalidades importantes del mundo editorial en Colombia, se destaca la importancia del tema de los ex secuestrados: «Los libros de instante no son un fenómeno nuevo en el mercado colombiano. [...] Pero aunque no es nuevo, el de los *instant* es un fenómeno que se disparó después de la primera ola y el éxito de los libros de secuestro» (Semana, 2010).

Desde el 2008, debido a que el tema de los secuestrados y ex secuestrados por la guerrilla<sup>15</sup> se posicionó como uno de los primeros en la agenda informativa, los libros que relataban sus memorias del cautiverio, fluyeron constantemente. Ya no necesariamente son los antiguos mediadores ilustrados —periodistas, escritores, académicos— los autores de esta literatura testimonial, sino que son los propios liberados o rescatados, los que aparecen como autores de los libros<sup>16</sup>. Coincido con Álvarez Gardeazábal cuando afirma que la literatura testimonial del los ex secuestrados por las FARC puede ser considerada un subgénero dada su abundancia (Suárez, 2009).

<sup>15</sup> Los ex secuestrados por la guerrilla de las FARC -Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia- son policías, militares y políticos, que al momento de salir de su cautiverio publicaron libros que se han convertido en best sellers en Colombia y en el mundo.

<sup>16</sup> No es que la mediación no exista, sino que pretende ser imperceptible. De algunos de los testimonios se dice que no fueron escritos por los testigos que afirman haber sido sus autores.

Los autores de esta nueva ola de “*instant books*” son militares, policías y políticos/as que fueron secuestrados y posteriormente rescatados en operaciones de las fuerzas militares, liberados unilateralmente por la guerrilla, o que se fugaron de la selva por sus propios medios. Dada la diversidad de los personajes, los libros son de diversas calidades, pero todos son un fenómeno editorial en Colombia y en el mundo. En términos del género discursivo se pueden encuadrar en el subgénero testimonio directo.

Para dar un ejemplo del fenómeno editorial que constituyen las memorias de los ex secuestrados se pueden citar algunos récords de ventas. *7 años secuestrado por las FARC* (2008), que narra las vivencias del cautiverio del ex congresista Luis Eladio Pérez, tan sólo tres meses después de su publicación «vendió 22.000 copias en Colombia, 10.000 en Estados Unidos y 25.000 en México, Argentina, Chile, Ecuador, Panamá, Venezuela y Perú» (*El Clarín*, 2008)<sup>17</sup>. *Mi fuga hacia la libertad* (2008) del policía John Pinchao, vendió cerca de 15.000 ejemplares en los primeros tres meses de estar en el mercado (*Semana*, 2010) y para febrero de 2009 había vendido 35.000 copias. Otros textos importantes de este subgénero son: *El mundo al revés* (2010) del ex gobernador del Meta Alan Jara, *Años en silencio* (2009) del político risaraldense Oscar Tulio Lizcano, que de acuerdo con Álvarez Gardeazábal es uno de los mejor confeccionados en términos narrativos (Suárez, 2009) —y uno de los más conmovedores agregaría quien esto escribe—. Se destacan también *Lejos del Infierno* (2009) de los estadounidenses Gonsalves, Stansell y Howes; *¡Desviaron el Vuelo! Viacrucis de mi secuestro* (2008) del político huilense Jorge Gechem; *El trapequista* del ex canciller Fernando Araujo (2008); *Las cadenas de la infamia* (2009) del teniente del ejército Raimundo Malagón. El último libro de este subgénero —y el más importante por el récord de ventas y la discusión que ha generado en todo el mundo— es *No hay silencio que no termine* (2010) de la ex candidata presidencial Ingrid Betancourt.

De acuerdo con las características de los autores, las técnicas y las temáticas, puede decirse que este tipo de *instant books* hace parte de una “cultura de la memoria” más asociada al auge de nociones como víctima y testigo. Esta tendencia está relacionada con fenómenos globales como el “giro hacia el pasado” y con transformaciones de la política en Colombia y su guerra crónica.

El auge de los libros de los ex secuestrados evidencia cómo aunque las guerrillas siguen siendo un actor central en el conflicto armado y en las narrativas sobre él, la valoración de su actuar ha cambiado entre editoriales y público lector. El drama que genera solidaridades ya no es el del actor colectivo “emergiendo en procesos de liberación”, sino el de las víctimas de la propia guerrilla.

<sup>17</sup> Estas cifras no tienen en cuenta el mercado ilegal donde el libro ha tenido varias “ediciones”, al menos en Colombia.

En estos primeros años del siglo *xxi* hay algunos libros testimoniales que se salen de los contornos aquí descritos. Pienso en obras como *El hombre de hierro* de Jorge Enrique Botero —y otros textos del mismo autor—, que narra la vida del comandante guerrillero *Simón Trinidad*. En esta obra el autor mantiene la visión explicativa y genealógica acerca de la insurgencia. Creo, sin embargo, que es un libro de carácter excepcional tanto en términos de producción como de recepción.

### **Comentarios finales**

El recorrido por el desarrollo de la literatura testimonial de las guerras en Colombia evidencia que el género es bastante abundante y diverso en cuanto a temas, técnicas, autores y temporalidades. Su devenir va aparejado a las transformaciones de la sociedad colombiana y a cambios en los contornos de sus “violencias”. Dicho de otra forma, la omnipresencia del “estado de guerra” le imprime cierta particularidad a la sociedad colombiana y a la literatura testimonial que narra sus desgracias.

Estoy de acuerdo con Gramsci cuando afirma que no hay que olvidar la literatura comercial en los estudios culturales; por el contrario, «esa literatura tiene un grandísimo peso desde este punto de vista, porque el éxito de un libro de literatura comercial indica [...] cuál es la “filosofía de la época”, o sea, cuál es la masa de sentimientos y concepciones del mundo que predomina en la muchedumbre “silenciosa”» (1978, p. 306).

El género testimonial en Colombia, en el período analizado, sufrió notorias transformaciones. El auge y el declive de determinados subgéneros en su interior implican que algunas articulaciones “estables”, entre temas, técnicas y autores, son más importantes socialmente que otras a través del tiempo. En esos ascensos y descensos hay indicios de la “filosofía de la época”, en la medida en que muestran qué tipo de memorias son más o menos aptas para circular. Sin embargo, ciertas configuraciones estables del género discursivo que han dejado de ser dominantes, no desaparecen por completo. El campo de la cultura vive en un antagonismo constante y esas representaciones marginales siguen circulando en grupos más reducidos.

Hoy parece presentarse el auge de nueva cultura del recuerdo, cuyos contornos pueden vislumbrarse en el tipo de literatura testimonial que más circula. Si tenemos en cuenta el auge de la memoria en las sociedades contemporáneas, esta literatura a veces despreciada desde altas esferas intelectuales, adquiere un interesante valor analítico para las Ciencias Sociales.

Para el caso concreto de Colombia, el estudio de la evolución del género discursivo muestra cambios en las configuraciones de las “violencias” y la cultura, es decir, en dimensiones centrales de la sociedad colombiana.

## Referencias

- Allier Montaño, E. (2007). Las voces del pasado. *Fractal*, 44. Disponible en: <http://www.fractal.com.mx/F44Allier.htm> (Consulta: enero de 2010).
- Aróstegui, J. (2004). *La historia vivida*. Madrid: Alianza.
- Bajtín, M. (1999). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Behar, O. (1985). *Las guerras de la paz*. Bogotá: Planeta.
- Castro Caycedo, G. (1985). *Colombia amarga*. Bogotá: Círculo de Lectores.
- Deas, M. (1999). *Intercambios violentos*. Bogotá: Taurus.
- Dutrenit, S. & Varela, G. (2010). *Tramitando el pasado. Violaciones de los derechos humanos y agendas gubernamentales en casos latinoamericanos*. México: FLACSO-CLACSO.
- Figuroa Sánchez, C. R. (2004). Gramática-Violencia: una relación significativa para la narrativa colombiana de segunda mitad del siglo XX. *Tabula Rasa*, 2, 93-110.
- García, G. (2003). *La literatura testimonial latinoamericana. (Re) presentación y (auto) construcción del sujeto subalterno*. Madrid: Editorial Pliegos.
- García Márquez, G. (1996). *Noticia de un secuestro*. Barcelona: Grijalbo-Mondadori.
- Gramsci, A. (1978). *Antología*. México: Siglo XXI.
- Huysen, A. (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jiménez Estrada, C. (1998). De la novela-testimonio como género. *Íkala, Revista de lenguaje y cultura*, 3(5), 85-94.
- Joutard, P. (1988). El documento oral: Una nueva fuente para la historia. En *Historia oral e historias de vida* (pp. 3-14). San José: FLACSO.
- Ortiz, C. M. (1994). Historiografía de la violencia. En *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana* (pp. 371-431). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ortiz, L. (1997a). *La novela colombiana hacia finales de siglo veinte*. New York: Peter Lang.
- Ortiz, L. (1997b). Voces de la violencia: narrativa testimonial en Colombia. En Latin America Studies Association. Disponible en: <http://lasa.international.pitt.edu/LASA97/ortiz.pdf> (Consulta: abril del 2009).
- Palacios, M. (1995). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Norma.
- Pecaut, D. (1987). *Orden y Violencia: Colombia 1930-1954*. Bogotá: Cerec-Siglo XXI.
- Pecaut, D. (2003). *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*. Medellín: Hombre Nuevo editores.

- Salazar, A. (1993). *Mujeres de fuego*. Medellín: Corporación Región.
- Sánchez, G. (2006). *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La Carreta.
- Semana*. (2010). El libro de ocasión ¿Por qué se reencauchan los mismos temas? Disponible en: <http://semana.com/noticias-cultura/libro-ocasion/135890.aspx> (Consulta: marzo de 2010).
- Suárez Gómez, J. (2009). Entrevista con Gustavo Álvarez Gardeazábal. Tuluá, Colombia.
- Suárez Gómez, J. (2010). La literatura testimonial como memoria de las guerras en Colombia: “Siguiendo el Corte” y “7 años secuestrado” (Tesis de grado). FLACSO, México.
- Theodosiadis, F. (1996). *Literatura testimonial. Análisis de un discurso periférico*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Todorov, T. (2000). *Los Abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Uribe, M. T. & López, L. (2006). *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: La Carreta.
- Vélez Rendón, J. C. (2003). Violencia, memoria y literatura testimonial en Colombia. Entre las memorias literales y las memorias ejemplares. *Estudios Políticos*, 22 (1), 31-57.
- Vivas Piñeros, S. (2007). La experiencia de la violencia en Colombia. *Universitas Humanística*, 63(1), 269-286.
- Wachtel, N. (1999). Memoria e historia. *Revista Colombiana de Antropología*, 35(1), 70-90.